

 Seix Barral

**Ann Petry**

La calle





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

**Ann Petry**

La calle

Traducción del inglés por  
Íñigo F. Lomana

---

Título original: *The Street*

© Ann Petry, 1946, renovado en 1974

Publicado de acuerdo con Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company

© por la introducción, Tayari Jones, 2020

© por la traducción, Íñigo F. Lomana, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Canciones del interior:

Págs. 165, 177 y 238: © *Darlin'*, Duo Publishing Corporation, interpretada por

Frances Kraft Reckling y Lucky Millinder

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-322-3761-4

Depósito legal: B. 21.645-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

Soplaba un viento gélido de noviembre en la calle Ciento dieciséis. Sus ráfagas sacudían las tapas de los cubos de basura, succionaban las persianas por la parte alta de las ventanas abiertas y las estampaban después otra vez contra los marcos, y, a excepción de unos cuantos transeúntes que correteaban inclinados hacia delante para exponerse lo menos posible a sus violentas acometidas, había expulsado a casi todo el mundo de la manzana comprendida entre la Séptima y la Octava Avenidas.

Arrastraba cualquier desperdicio que encontrara a su paso: desechos de las funciones teatrales, folletos de bailes y asambleas, papeles encerados gruesos para rebanadas de pan y otros más finos para sándwiches, sobres usados, periódicos... Cuando el viento barría los bordillos, los despojos empezaban a revolotear en el aire y se generaba un vórtice de papel que giraba delante de las pocas personas que transitaban por la calle. Aquel vendaval era capaz incluso de colarse en los portales y los patios para apoderarse de cualquier hueso de pollo o cualquier costilla de cerdo y arrastrarlos por la acera.

El viento hacía todo lo posible para disuadir a la gen-

---

te de estar en la calle. Se llevaba consigo toda la porquería, todo el polvo y todos los desperdicios que encontraba en la acera y los hacía volar tan alto que a los transeúntes la suciedad les entraba por la nariz y no los dejaba respirar, el polvo se les metía en los ojos y los cegaba y la mugre les arañaba la piel. Las hojas de los periódicos se estrellaban contra sus pies y, cuando alguna se les quedaba pegada, soltaban un improperio, daban un pisotón e intentaban deshacerse de ella de una sacudida. El viento, sin embargo, volvía a arrojárselas una y otra vez hasta que no les quedaba más remedio que agacharse para quitárselas con las manos, momento que otra ráfaga solía aprovechar para arrebatárselas el sombrero, desenrollarles la bufanda, colárselas por el cuello y tratar de arrancarles el abrigo.

El viento dejó al descubierto la nuca de Lutie Johnson, que hasta ese momento había estado agradablemente resguardada bajo su melena, e hizo que se sintiera calva y desnuda. Cuando aquella lengua congelada bajó por su espalda y se internó por sus sienes, se estremeció. El aire consiguió abrirse paso incluso entre sus pestañas y sus ojos se vieron inundados por una corriente heladora que la obligó a parpadear para poder leer el letrero que se balanceaba por encima de ella.

Cada vez que intentaba enfocarlo, el viento lo alejaba de nuevo y Lutie no tenía muy claro si el piso que anunciaba tenía tres o dos habitaciones. Si eran tres, entraría a pedir que se lo enseñaran sin pensarlo, pero era absurdo que se molestara si sólo eran dos. A pesar de que el viento seguía zarandeando el letrero, pudo ver que llevaba bastante tiempo colgado en ese lugar, ya que la capa original de pintura blanca estaba cubierta de herrumbre allá donde la acción continuada de la lluvia y la nieve había conse-

---

guido levantarla y oxidar el metal, que había dejado sobre la superficie unas manchas de color rojo oscuro parecidas a la sangre.

Tenía tres habitaciones. El viento dejó de moverlo unos instantes y, antes de que arremetiese otra vez contra él y lo colocase en un ángulo imposible sobre la barra de la que pendía, Lutie tuvo ocasión de echarle un rápido vistazo. Tres habitaciones, calefacción de gas, parqué, inquilinos respetables. Precio razonable.

Echó un vistazo a la fachada de la finca. Lo de los suelos de parqué quería decir que la madera estaba tan vieja y desgastada que no habría en el mundo barniz o laca suficiente para tapar los arañazos, las superficies viejas completamente rayadas, los efectos de tantos años arrastrando muebles por el suelo, los embates del tiempo y las marcas causadas por niños, borrachos y mujeres descuidadas. La calefacción de gas significaba un traqueteo metálico en los radiadores a primera hora de la mañana y un silbido el resto del día.

En las fincas donde se admitía a gente de color, por «inquilino respetable» podía entenderse a cualquier persona que estuviese en disposición de pagar el alquiler, así que muchos de ellos serían borrachos bulliciosos y pendencieros; gentes propensas a sufrir episodios depresivos durante los cuales llorarían y gritarían como locos, y ataques de euforia igual de violentos. Y como los tabiques serían prácticamente de papel, pensó Lutie, en ese saco —el de los «inquilinos respetables»— estarían incluidas las personas decentes, las turbias, los niños, los perros y los olores nauseabundos.

El viento intentaba arrancarle el gorro rojo que llevaba puesto y, como si lo irritase no poder desprenderlo de las horquillas con las que estaba sujeto, arrojó una nube

---

de polvo, ceniza y pedazos de papel contra su rostro, sus ojos y su nariz. Una ráfaga le azotó las orejas como si quisiera darle un último escarmiento y demostrarle cuánto le molestaba ser incapaz de ahuyentarla.

Lutie quería pensar un poco más en el apartamento antes de entrar a verlo, y trató de aguantar las embestidas del viento. Precios razonables..., a saber lo que quería decir eso. En la Octava Avenida probablemente significara un bloque de apartamentos: esos agujeros infectos que no reunían las condiciones mínimas de habitabilidad. En la St. Nicholas Avenue suponía pagar alquileres desmesurados por viviendas diminutas, y en la Séptima Avenida implicaba tener que buscar compañeros de piso para pagar el alquiler de un apartamento enorme. En esa calle en concreto podía querer decir cualquier cosa.

Se volvió y se colocó de cara al viento para estudiar el vecindario. Los edificios eran antiguos y tenían unas ventanas tan pequeñas que parecían grietas, de lo que podía deducirse que las habitaciones serían minúsculas y oscuras. Las casas en una calle con esa orientación no tendrían ningún tipo de luz natural. Y no la tendrían a ninguna hora del día. Haría un calor infernal en verano y un frío insoportable en invierno. En una calle tan inhóspita y abarrotada como ésa, un «precio razonable» debía de oscilar en torno a los veintiocho dólares; siempre y cuando, claro, el piso estuviera en la última planta.

Los pasillos debían de ser estrechos y tenebrosos. Al reparar en ese detalle, Lutie se encogió de hombros: con tal de encontrar un piso en el que ella y Bub pudieran vivir solos, le daba igual cómo fueran los pasillos. Lo verdaderamente importante era alejarse cuanto antes de su padre y de la fulana con la que vivía. Cualquier cosa era

---

preferible a eso, ya fueran pasillos oscuros, escaleras mugrientas o incluso cucarachas correteando por las paredes. Cualquier cosa.

¿Seguro? Bueno, casi cualquier cosa. Se volvió hacia el portal de la finca y, al hacerlo, oyó cómo alguien se aclaraba la garganta. El carraspeo —compuesto por dos notas, la primera alta seguida por un gruñido de exhalación algo más bajo— llegó hasta sus oídos con absoluta claridad a pesar del rugido del viento, que seguía sacudiendo los cubos de basura y agitando las cortinas. Parecía como si alguien hubiese dicho «hola», y Lutie levantó la vista hacia la ventana que tenía justo encima.

Desde el interior de la habitación hacia la que estaba mirando se filtraba una luz tenue contra la que se recortaba el enorme corpachón de una mujer. Tuvo que entornar los ojos para distinguirla mejor. Su piel era muy oscura, llevaba un pañuelo alrededor de la cabeza y, para su sorpresa, tenía la ventana abierta. A Lutie le resultaba inconcebible que alguien pudiese estar sentado al lado de una ventana abierta en una noche tan desapacible y ventosa como ésa. Y, para colmo, aquella mujer ni siquiera se había puesto abrigo: llevaba únicamente una especie de vestido de algodón —a Lutie, al menos, le pareció de algodón por su corte ordinario— suelto y arrugado.

—Es un pisito precioso, cielo. Llama al conserje para que te lo enseñe.

La voz de la mujer era vibrante. Agradable incluso. Sin embargo, cuanto más la contemplaba Lutie, menos le gustaba. Y no porque hubiera estado allí todo ese rato mirándola, intentando acceder a su mente para leerle los pensamientos. Eso podía llegar a ser molesto, pero resultaba comprensible. Seguramente no tenía nada mejor que hacer; igual estaba enferma y lo único que la distraía era

---

pasarse el día mirando por la ventana. No, no se trataba de eso. El problema eran sus ojos, tan penetrantes y luciferinos como los de una víbora. Podía verlos con bastante claridad —unos ojos fijos clavados en ella— y podía ver cómo recorrían su cuerpo, cómo la escrutaban y la evaluaban de los pies a la cabeza.

—Anda, cielo, llama al conserje —insistió la mujer.

Lutie se volvió hacia el portal sin contestarle, pensando en sus ojos. Abrió la puerta de un empujón, se metió dentro y se detuvo asintiendo con la cabeza. El pasillo estaba muy oscuro. La bombilla mortecina que colgaba del techo daba la luz justa para que uno no se abriese la cabeza y pudiese distinguir, pongamos por caso, la forma de un piano abandonado al pie de la escalera o la silueta de un elefante depositado allí por algún inquilino avisado.

Ahora bien, si a uno se le caía una moneda al suelo —pensó Lutie—, sería necesario ponerse de rodillas y empezar a palpar las baldosas resquebrajadas para localizarla. Y se equivocaba al pensar que sería capaz de atisbar un piano o un elefante, pues el pasillo no era lo bastante ancho para que cupiera ninguno de los dos. La escalera subía de forma abrupta y tenía unos grandes peldaños de color marrón. Lutie se quedó observándolos fascinada. En lo alto, en lo más alto de una escalera como ésta, debía de existir un infierno diferente de cualquier otro, mucho más sofisticado y tortuoso.

Se inclinó para leer los nombres de los buzones. Allí vivía también, como en todas las otras casas que había visto, Henry Lincoln Johnson. Puede que fuera el mismo que en las demás o un hermano suyo. Los Johnson y los Jackson debían de ser familias increíblemente prolíficas. «Pero, bueno, ¿quién me he creído que soy? —pensó es-

---

bozando una sonrisa—. Al fin y al cabo, también yo pertenezco al linaje inmortal y portentoso de los Johnson.» Los nombres que aparecían junto a los timbres indicaban que los Johnson tenían una compañía inmejorable —Smith, Roach, Anderson—: ¡por el amor de Dios, si había hasta un Rosenberg! La mayor parte de esos nombres estaban garabateados con bolígrafo en los buzones, con letras grandes y llamativas. Había también alguno escrito con lápiz, y unos pocos estaban grabados con letras finas e irregulares encima de otros que habían sido previamente borrados.

Sólo había dos apartamentos en el bajo. A no ser que el conserje viviera en el sótano, su piso debía de estar en esa planta. Y, en efecto, su nombre estaba impreso sobre el 1.º A. Debía de ser el apartamento más inhóspito, diminuto y difícil de alquilar de todo el bloque, y seguro que el propietario del edificio se sentía muy orgulloso de haber ofrecido al conserje una vivienda en el bajo.

Mientras aguardaba allí, a Lutie se le pasó por la cabeza que era una pena no poder alquilar también los pasillos. Si se instalaban unas camas individuales o, mejor aún, unos catres del ejército usados, se les podría sacar un buen dinero. Si ella fuera la propietaria, no tendría reparo en alquilarlos. Así, la vida de los inquilinos sería mucho más entretenida. El señor Jones y su mujer podrían quedarse con los catres uno y dos; Jackson y su novia con el número tres, y Rinaldi —que trabajaba como taxista por la noche— podría subarrendar el catre que compartían Jackson y su pareja.

No resultaría muy difícil ocupar todos los catres, uno detrás de otro. Además, cuando los inquilinos que vivían en los apartamentos volvieran por la noche, tendrían el aliciente añadido de poder chismorrear sobre las perso-

---

nas que dormían en ellos: «Parece que Jackson no ha llegado todavía, aunque su chica ya está en el catre sola y hecha un ovillo». No obstante, al echar otro vistazo —porque con tan poca luz era imposible reparar a la primera en todos los detalles— se darían cuenta de que... «Dios santo, ¡¿qué hace Rinaldi en casa por la noche?! No me digas que es él quien está tumbado en la cama de Jackson con su novia... Con razón ella parecía estar tan a gusto». Y, como si el pasillo fuera un teatro y la función estuviera a punto de comenzar, los inquilinos se sentarían en la escalera hasta que llegara Jackson para ver cómo reaccionaba cuando viera dentro de su catre a Rinaldi. Éste, por su parte, seguramente diría que el catre también era suyo y que, si las sábanas estaban puestas y la novia estaba dentro, no veía razón para no meterse allí con ella.

En lugar de reírse, Lutie dejó escapar un suspiro. Y luego se le ocurrió que, si en el bajo sólo había dos apartamentos y uno de ellos era el del conserje, en el otro debía de vivir la mujer con los ojos de víbora. Echó un nuevo vistazo a los buzones. En efecto: una tal señorita Hedges ocupaba el 1.º B. La tarjeta en la que estaba impreso su nombre parecía muy profesional. Era evidente que esa mujer, con su pañuelo en la cabeza y su voz dulce, era alguien importante; tal vez una encantadora de serpientes que se pasaba el día en la ventana para ahuyentar a todas las culebras, a todos los lobos y a todos los zorros que merodeaban, correteaban y reptaban por la jungla de la calle Ciento dieciséis.

Lutie alargó la mano y llamó al timbre del conserje. Se produjo un estruendo agudo que retumbó por todo el apartamento y llegó hasta el pasillo. Inmediatamente después, un perro empezó a lanzar unos ladridos enloquecidos que se fueron oyendo con más claridad a medida que

---

el animal se acercaba a la puerta. Cuando se arrojó contra ella y se puso a golpearla, Lutie se apartó. El perro siguió embistiendo la puerta una y otra vez, hasta que, como resultado de los impactos, ésta comenzó a vibrar. Podía oírse el ruido espantoso que hacía con su hocico para intentar olfatearla y, después, otra vez el impacto de su cuerpo contra la madera. Lutie retrocedió hasta el portal y se detuvo con el pomo en la mano. Sin embargo, en ese instante oyó unos pasos fuertes y la voz de un hombre que regañaba al animal y decidió volver al apartamento.

Al ver el mono azul descolorido de la persona que le abrió, supo al instante que se trataba del conserje. Una bocanada de aire fétido y caliente escapó del interior de la vivienda y se extendió por el pasillo. Se oía el silbido del vapor en los radiadores. El perro intentó hacerse un hueco para salir, pero el conserje lo lanzó dentro de un puntapié. Le pateó el costado hasta que el animal se escabulló con el rabo entre las piernas. Lutie pudo oír sus gemidos desgarradores y luego un murmullo, una voz femenina que le susurraba algo al animal.

—Vengo por el apartamento de tres habitaciones que tiene libre —dijo.

—Está en la última planta. ¿Quiere verlo?

La luz del recibidor era muy tenue. Casi tanto como la del piso de la señorita Hedges. Lutie se arrebujó en su abrigo. «Debe de ser esta luz tan espantosa», pensó. Por alguna razón, los ojos del conserje le parecieron más inquietantes incluso que los de la mujer de la ventana. «Debe de ser el cansancio», se dijo; ésa debía de ser sin duda la razón de que tuviera todos esos presentimientos y creyera ver todas esas amenazas en los ojos de los demás.

El conserje era un hombre alto y demacrado y parecía cernerse sobre ella desde el vano de la puerta, observán-

---

dola. «No es la luz —pensó Lutie entonces—, y tampoco mi imaginación», porque, después de que la mirase fugazmente, los ojos del conserje se llenaron de un deseo tan incontenible que sintió miedo, miedo de él y de que se notara cuánto miedo le daba.

Pero ¿y el apartamento? ¿Lo quería? No en una casa de la que él fuera conserje; no en una casa donde viviese la señorita Hedges. No, no quería ver el apartamento, aquel cuchitril oscuro de tres habitaciones al que llamaban apartamento. Pero entonces se acordó del sitio donde vivía. Del piso de siete habitaciones que el padre de Lutie compartía con su novia Lil. Un lugar atestado de inquilinos, un lugar impregnado de Lil.

No parecía haber un solo rincón de la casa en el que no hubiera dejado su huella. Se pasaba el día entero bebiendo café en la cocina; deambulando por las habitaciones con una bata que apenas lograba cubrir sus pechos caídos y enormes; bebiendo cerveza en unos vasos de tubo que luego dejaba en el fregadero hasta que la espuma se secaba y quedaba una costra en el borde sobre la que el rojo de su carmín destacaba como una tilde; retozando en la enorme cama que compartía con el padre de Lutie y con sólo Dios sabe cuántas personas más, y bebiendo ginebra con los inquilinos hasta que daban las tantas.

Y lo que era aún más terrorífico: dándole a Bub alcohol a escondidas; dejando que le encendiera los cigarrillos. A los ocho años y ya con volutas de humo saliéndole de la boca.

La noche anterior, sin ir más lejos, Lutie le había dado a su hijo tal guantazo que incluso Lil se apartó de ella espantada, dejando todavía más al descubierto su generoso escote. «Jesús —dijo—. Lo vas a dejar sordo. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?»

---

Pero ¿quería de verdad echar un vistazo al apartamento? Noche tras noche, después de volver a casa del trabajo y cenar, Lutie había estado pateándose las calles para leer todos los anuncios de pisos que colgaban de los edificios del barrio y ver si podía dar con alguno de un tamaño aceptable para Bub y para ella; algo lo suficientemente barato para no llegar un día del trabajo y encontrarse debajo de la puerta una de esas enormes hojas blancas —también conocidas como *notificaciones de desahucio*— en las que podía leerse: «Este inmueble deberá ser desalojado el día...», lo que suponía dejar el piso a los cinco días o verse expuesta a que la echaran. Y tener que contemplar cómo se iban amontonando todos tus muebles en la acera. Siempre y cuando, claro, pudiera llamarse muebles a esos camastros desvencijados con los muelles hundidos, a esos sillones viejos con el relleno que se les salía por la parte de abajo, a esas mesas de cocina con la superficie de porcelana desportillada y a esas sillas con los travesaños rotos. No era una cuestión baladí, porque ¿acaso podía dársele el nombre de menaje a esa vajilla de rebajas agrietada por el calor y a esos cubiertos con el mango rojo tan doblados que parecían a punto de partirse?

—Sí —contestó Lutie con determinación—. Quiero ver el apartamento.

—Voy a por una linterna —dijo el conserje.

Volvió a meterse en el apartamento y, al cerrar la puerta, se produjo un ruido seco y suave. Dijo algo, pero Lutie no alcanzó a oírlo. Los susurros del interior se detuvieron y el perro se calló de repente.

El conserje volvió a aparecer al rato en el umbral de la puerta y la cerró con el mismo ruido suave y seco. Llevaba una linterna alargada de color negro en la mano. Mientras subía por la escalera delante de él, a Lutie le dio

---

por pensar que el mango era casi tan negro como sus manos. La linterna era de un negro casi brillante, suave, y la luz que emitía se reflejaba en su superficie con un leve destello. La mano que la sujetaba estaba, por el contrario, cubierta de piel —una piel mate, estropeada y llena de marcas— y no parecía en absoluto suave. Los nudillos eran unos bultos que sobresalían en la piel, hinchados de tantos años llevando carretillas con escoria y echando paletadas de carbón.

Pero no, al parecer, de empuñar una fregona o una escoba, ya que, como pudo comprobar Lutie a medida que subía por la empinada escalera, los peldaños estaban llenos de mugre, desperdicios, colillas, envoltorios de tabaco de mascar y resguardos de entradas de cine de color rosa. En los rellanos incluso había botellas vacías de ginebra y whisky.

De vez en cuando se detenía a contemplar la escalera, a observar los recodos de los largos pasillos, pero hacía frío y tuvo que empezar a andar más rápido para entrar en calor. Se percató de que, cada vez que llegaban a lo más alto de un tramo de escalera, torcían para enfilear otro pasillo y empezaban a subir otro tramo, el frío aumentaba. Cuanto más subían, más frío hacía. Y supuso que en verano haría más y más calor, hasta que, al llegar al último piso, probablemente no se pudiera ni respirar.

Los pasillos eran tan estrechos que se podían tocar los dos lados sin estirar los brazos lo más mínimo. Al llegar a la cuarta planta, Lutie tuvo la sensación de que, en lugar de ser ella quien tenía que alargar los brazos para tocarlos, eran los muros los que se inclinaban y se cernían sobre ella para intentar aplastarla. A su espalda, los pasos del conserje resonaban lentos, acompasados y regulares. Lutie caminaba un poco más rápido, pero a él no parecía

---

hacerle falta acelerar ni cambiar de ritmo para estar siempre a la misma distancia. De hecho, sus pasos fuertes resonaban si cabe un poco más cerca que antes.

A Lutie empezó a extrañarle que ella hubiera tenido que subir delante de él, que tuviera que ir en cabeza. No tenía el menor sentido. Él era el que conocía el edificio, el único que vivía allí. Debería haber subido primero. ¿Por qué la había hecho ir a ella delante? Le entraron ganas de volverse para ver la expresión que tenía dibujada en el rostro, pero sabía que, si se daba la vuelta en una escalera como ésa, su cara quedaría a la misma altura que la de aquel hombre y no le apetecía estar tan cerca de él.

En cualquier caso, tampoco le hacía falta volverse; no había duda de que estaba mirándole el trasero, las piernas, los muslos. Casi podía sentir cómo recorría su cuerpo con la mirada, estudiándola, valorándola, apreciándola. Cuando subió el último tramo, Lutie reparó en que la piel de la espalda se le había erizado a causa del miedo. Pero ¿miedo de qué? ¿De él? ¿De la oscuridad? ¿Del hedor que inundaba los pasillos? ¿De aquella escalera tan alta? ¿De sí misma? No tenía ni idea y, aunque era perfectamente consciente de que no lo sabía, el sudor empezó a brotarle de las axilas, a humedecer su frente y a resbalarle por la nariz.

El apartamento estaba en la parte trasera del edificio. El conserje sacó otra linterna del bolsillo y se la dio a Lutie antes de inclinarse para abrir la puerta con mucho cuidado. «Todo lo que hace —pensó ella— lo hace con cuidado.»

Dirigió el haz de luz hacia las paredes. Todas las estancias eran diminutas. El dormitorio —o al menos lo que ella tomó por tal— carecía de ventanas. Se acercó y entró para verlo con más detenimiento. No había, en efecto, ni una sola ventana; tan sólo un respiradero, y

---

bastante estrecho para más inri. Lutie echó un vistazo y pensó que cuando colocaran una cama y una cómoda apenas habría espacio para moverse. Seguro que se golpeaba las rodillas con la esquina de la cama cada vez que cruzara el dormitorio. Trató de imaginarse cómo quedaría y empezó a preguntarse por qué había decidido adjudicárselo.

Lo mejor sería dejárselo a Bub. Así podría tener su propio dormitorio por una vez en la vida. Pero no, tampoco era buena idea. En verano se asaría allí dentro. Lo mejor sería que durmiera en el sofá del cuarto de estar —que tenía una ventana, aunque no demasiado grande— y, así, al menos tendría algo de aire. Echó un vistazo a la sala para ver otra vez la ventana, para comprobar cuánto aire podía entrar por ella, cuánta luz tendría Bub para estudiar al volver del colegio y para tratar de averiguar también cuánto aire llegaría hasta el dormitorio cuando la ventana estuviera abierta mientras él dormía en el sofá hecho un ovillo.

El conserje seguía en medio del cuarto de estar, esperándola. Saltaba a la vista. No eran imaginaciones suyas. Era un hecho. Estaba esperándola. Lo sabía tan bien como que estaba allí, en aquel cuarto. Con la linterna sujeta de tal manera que el haz de luz caía sobre sus pies y su silueta se proyectaba hasta una altura casi infinita. A Lutie la aterrorizaba su silencio y su increíble altura.

Con la linterna enfocándole los pies de esa manera, parecía como si su cabeza llegase hasta el techo. Su cuerpo se alargaba más y más en la oscuridad e irradiaba un deseo tan fuerte que Lutie casi podía sentirlo. Se dijo que era una tonta, una imbécil, que estaba cegada por el miedo, por el cansancio y por la angustia. Incluso mientras pensaba esas cosas, el deseo abrasador y asfixiante del conserje la atenazaba y la paralizaba. Se trataba de un

---

ansia tan irrefrenable que inundaba toda la estancia, chocaba con las paredes y tiraba de sus brazos.

Lutie se obligó a ir hasta la cocina. Al pasar por su lado, le dio la impresión de que el conserje alargaba una mano hacia ella, se inclinaba y estaba a punto de rozarla desde su imponente altura. Pero, como no podía estar segura, se armó de valor y dirigió la linterna hacia las paredes de la cocina.

«Es imposible saber qué les pasa a los demás por la cabeza», razonó. Seguro que el conserje ni siquiera estaba pensando en ella mientras la esperaba con esa actitud. Seguro que sólo quería bajar a su casa para leer el periódico. «No te engañes —se dijo—, lo más probable es que no sepa leer o que, en caso de saber, no dedique mucho tiempo a la lectura.» Bueno, vale..., pues para escuchar la radio. Eso era, quería escuchar su programa favorito y Lutie había dado por hecho que era presa del incontenible deseo de abalanzarse sobre ella. En el fondo era clavada a su abuela. Lo que demostraba que era imposible criarse con una persona como ella sin acabar tragándose un montón de cuentos chinos que luego, cuando menos lo esperaba uno, acababan saliendo como de la nada. Historias que se habían transmitido de generación en generación durante tanto tiempo que era imposible saber hasta dónde la conducirían a una si intentaba rastrear su origen..., probablemente a África. Y su abuela las tenía siempre en la punta de la lengua.

Pero ¿las ganas de escuchar un programa de radio podían realmente llevar a un hombre a mirar de esa manera? Con cierta impaciencia, Lutie se obligó a inspeccionar la cocina, enfocando con la linterna primero una pared y después la otra. No era ni mejor ni peor de lo que se había imaginado. El fregadero estaba destrozado y el horno, un poco oxidado. El ligero olor a gas que flotaba a

---

su alrededor delataba la existencia de una fuga leve pero irreparable en la instalación.

Le valió un somero vistazo al baño para ver que los sanitarios estaban viejos y desportillados. Se le pasó por la cabeza que el mismísimo Matusalén podría haberse lavado en aquella bañera. Desde luego, parecía de su época, aunque habría tenido que dejarse la barba en el pasillo mientras se daba el baño, porque era tan pequeña que a un hombre con una barba tan crecida le habría resultado imposible darse la vuelta en un cuchitril así. Como no había ninguna ventana, supuso que el conducto de ventilación sería la única fuente de aire limpio, fresco y saludable.

Por lo menos, el alquiler no sería muy alto. No podían pedir mucho dinero por un piso como ése. Un pasillo diminuto. El baño quedaba a la derecha, la cocina justo delante; la sala de estar a la izquierda del pasillo y tenía que atravesarla para llegar al dormitorio. El apartamento entero entraría sin problemas en una sola habitación más o menos amplia.

Lutie se percató de que todas aquellas estancias minúsculas olían exactamente igual: a una mezcla compuesta por un tufo ligero pero persistente a gas, paredes viejas y yeso polvoriento, sobre la que predominaba el hedor acre y denso a basura que se filtraba por el hueco del montacargas. Sin darse cuenta, empezó a tararear. Se trataba de una vieja canción que solía cantar su abuela: «No hay descanso para un pecador como yo. No hay descanso, no». «Como yo. Como yo.» Tenía un ritmo bonito que se repetía. “Como yo. Como yo”». Tarareaba cada vez más fuerte mientras seguía pensando en el apartamento.

De la sala de estar donde se encontraba el conserje le llegó un ruido ahogado muy raro. Lutie se sobresaltó de tal manera que a punto estuvo de dejar caer la linterna.

---

—¿Qué ha sido eso? —preguntó bruscamente.

«Figúrate que se me llega a caer la linterna —se dijo—; que me quedo aquí sola a oscuras y a él le da por apagar también la suya. Figúrate que empieza a andar hacia mí y se va acercando cada vez más en la oscuridad. Que sólo puedo oír sus pasos, que no puedo verlo pero lo oigo cada vez más cerca, hasta que alargo el brazo para intentar apartarlo, para impedir que me toque... y que después... que después lo tengo justo delante de mí...» Al pensar eso, Lutie agarró la linterna con tal fuerza que el haz osciló y se movió por las paredes, y las sombras —la sombra de la lámpara que colgaba del techo, la sombra de la bañera, la sombra del propio marco de la puerta— empezaron a bailar, cambiando de forma y balanceándose.

—Me he aclarado la garganta, señora —contestó el conserje. Hablaba con una voz forzada y poco natural, como si tuviera problemas para respirar.

Lutie regresó al pasillo sin dignarse mirarlo; abrió la puerta de entrada, cruzó el umbral y, todavía sin dirigirle la mirada, anunció:

—Ya he terminado.

Él salió también y echó el cerrojo. Se quedó de espaldas para que ella no pudiera verle el semblante, aunque no lo estuviera mirando. El cerrojo se corrió con un suave clic. Casi sin hacer ruido. Lutie se quedó quieta, esperando a que el conserje enfilase el pasillo en dirección a la escalera. «Ni muerta pienso permitir que baje detrás de mí esta vez», pensó.

Al ver que no se movía, le dijo:

—Usted primero.

El conserje hizo un leve movimiento con la linterna para indicarle que fuera ella delante, pero Lutie se mostró firme y negó con la cabeza.

---

—¿Va a quedárselo? —preguntó él.

—Aún no lo sé. Lo pensaré mientras bajamos.

Cuando por fin empezó a avanzar por el pasillo, tuvo la impresión de que el hombre había pasado días, semanas, meses enteros quieto a su lado, esperando a que ella bajara primero. «Lo que he sentido cuando lo he visto en la sala de estar no han sido imaginaciones mías —pensó Lutie mientras lo seguía—; si no, ¿a qué venía toda esa ceremonia para que fuera delante de él? Parecían los preliminares de un baile: “Usted primero”; “No, no, de ninguna manera, usted”; “Pero es que, si no va usted primero, iremos desacompañados”; “Ya, pero no pienso ir primero, vaya usted”; “Se lo acabo de decir...”»

De repente se dio cuenta de que habían subido la escalera mucho más rápido de lo que estaban bajando. ¿Iba a quedarse con el apartamento? A juzgar por el aspecto que tenía, no creía que pudieran pedir mucho por él y, si se andaban con ojo —con mucho mucho ojo—, Bub y ella podrían arreglárselas. Bastaría una mano de pintura blanca para adecentarlo; bueno, igual no para adecentarlo exactamente, pero sí para que pareciera un poco menos lúgubre. Para darle un poco de luminosidad.

Pero después pensó: «No se podría adecentar ese piso ni con un millón de manos de pintura: nunca dejaría de apestar; a través de la pintura terminarían viéndose todas las huellas y las manchas antiguas, y el propio olor de la madera acabaría imponiéndose al de la pintura. Fregar no serviría de nada». Y luego estaban los pasillos estrechos y tenebrosos, los tramos de escalera infinitos, el mismísimo conserje y la señora del bajo.

Siempre podía quedarse con su padre. Y con Lil, claro. Bub terminaría acostumbrándose a la ginebra y aprendería a fumar; aprendería, de hecho, un montón de cosas

---

más que ella estaría encantada de enseñarle. Y, dado que Lil siempre estaba en casa y él llegaba del colegio poco después de las tres, el pequeño recibiría una educación liberal de primera calidad.

«Se te ha presentado una oportunidad de un metro de ancho y diez kilómetros de largo. Puedes quedarte de brazos cruzados mientras la fulana de tu padre educa gratis a Bub o puedes alquilar el apartamento. En principio, el caballero espigado que hace las veces de conserje se dedica única y exclusivamente a alquilar los pisos, encender la caldera y barrer los pasillos. Y si cree que acostarse con las inquilinas forma parte de sus atribuciones, por el amor de Dios, estamos en pleno 1944 en Nueva York. Esto no es la jungla y existe una cosa llamada policía. Si ese caballero tiene deseos inconfesables e intenta hacerlos realidad, basta con que te pongas a gritar como una loca y tarde o temprano aparecerá un agente para rescatarte. Punto final.

»Y en cuanto a la señora con ojos de víbora, se supone que vas a alquilar un apartamento en el último piso y, si estuviera incluida en el alquiler, el anuncio lo dejaría claro: “Piso de tres habitaciones con una encantadora de serpientes por el mismo precio”. Pero, puesto que el letreiro no dice nada parecido, es razonable pensar que, si la encantadora de serpientes trata de mudarse a tu apartamento, estarás en tu derecho de tomar alguna medida..., signifique eso lo que signifique.»

Mientras bajaban, los taconazos de Lutie resonaban por la escalera. «Así, así —se dijo—. Eso es, ve andando así.» Era de lo más lógico que divagase, que se despistase un poco: no tenía sentido seguir buscando una explicación al miedo irracional y casi instintivo que había experimentado cuando había visto al conserje por primera vez. Su abuela habría dicho: «Es el mismísimo diablo.

---

Hay gente que tiene el mal tan adentro que casi puedes sentirlo cuando se te acercan; es como si lo supurasen».

Ella no creía en esas supercherías y, sin embargo, mientras observaba a ese hombre alto y enjuto bajando el último tramo de escalera por delante de ella, casi esperaba ver cómo le salían cuernos por detrás de las orejas: si en lugar de sus botas de trabajo hubiese visto unas pezuñas sacudiéndose y brincando, a Lutie no le habría extrañado lo más mínimo.

Cuando llegó a la puerta de su piso, el conserje se volvió hacia ella.

—¿Por cuánto lo alquila? —preguntó Lutie con la mirada perdida en el 1.º A impreso en la puerta del apartamento. Las letras doradas estaban ligeramente agrietadas, y Lutie pensó que dentro de unos pocos años sería imposible distinguirlas del marrón oscuro de la madera. Confió en que el precio del alquiler fuera lo suficientemente alto para poder rechazarlo.

—Veintinueve con cincuenta.

«Quiere que me lo quede —pensó—. Lo desea con tal fuerza que va a explotar.» No le hacía falta mirarlo para percatarse de ello: podía sentirlo. ¿A él qué más le daba? Sin embargo, era evidente que lo consideraba de tal importancia que, si Lutie vacilaba un poco más, se echaría a temblar. «No —decidió—, ese apartamento no es para mí...» Pero después se puso a pensar en lo mono que estaría Bub bebiendo ginebra a los ocho años.

—Me lo quedo —dijo con gravedad.

—¿Va a dejar alguna señal? —preguntó el conserje.

Lutie asintió, él abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar. En el interior, una luz tenue iluminaba un pequeño recibidor que, según pudo ver, conducía a la sala de estar. Sin esperar a que la invitaran, se dirigió hacia

---

allí. El perro se había tumbado al lado de una radio situada al fondo de la estancia, debajo de la ventana. Al verla, se incorporó y se acercó con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas; andaba como si se sintiera irresistiblemente atraído hacia ella, aunque sabía perfectamente que tarde o temprano alguien lo obligaría a detenerse. Era un pastor alemán, pero su pelaje deslucido y áspero le daba más aspecto de lobo que de perro. Lutie reparó en lo delgado que estaba, en lo mucho que se le notaban la enorme grupa y los pequeños huesos de las costillas. A medida que se iba acercando, se iba poniendo cada vez más tenso y Lutie podía oír su respiración.

—Túmbate —le ordenó el conserje.

El perro volvió a la ventana con miedo, con tal prevención, pensó Lutie, que si hubiera sido un hombre habría ido de espaldas para tenerlo todo bajo control y esquivar cualquier porrazo inesperado. Se tendió y se quedó mirándola con calma, pero sin dejar de olisquear. Miraba también al conserje, como preguntándose si sería capaz de cruzar la sala y abalanzarse sobre Lutie sin que ella se percatase.

El conserje se sentó a un viejo escritorio de oficina, buscó un talonario de recibos, cogió una estilográfica y, después de colocar delante de él con mucho cuidado un secante, se volvió.

—¿Nombre? —preguntó.

Lutie tuvo que reprimir una carcajada. Había algo tan solemne en su forma de sentarse —en cómo había cogido la pluma, colocado el secante frente a él en un impecable ángulo recto y abierto un libro de contabilidad lleno de filas y más filas de letra apretada— que a ella le vino a la cabeza la imagen de un magnate a punto de cerrar un trato importante.

—Señora Lutie Johnson. Dirección actual: Séptima Avenida, número 2370.

---

Abrió el monedero, sacó un billete de diez dólares y se lo tendió. Había tenido que trabajar semanas enteras para reunir esos diez dólares. Cuando se mudara al apartamento y pagara lo que le quedaba de alquiler, todos sus ahorros se habrían evaporado. Pero merecería la pena con tal de tener su propia casa.

El conserje escribía con una lentitud exasperante, concentrándose en cada letra, y parecía experimentar una dificultad especial con los números. Los tachó y se mordió el labio.

—¿Qué número ha dicho? —preguntó.

—Veintitrés setenta —repitió Lutie con la esperanza de que le fuera más fácil anotarlo así.

Al ritmo que iba, podía tardar sus buenos quince minutos en escribir «diez dólares» y calcular la diferencia entre diez y veintinueve dólares que constituía, en ese caso, el aparentemente inofensivo «pendiente de pago». No debería reírse de él, seguro que había tenido que aprender a leer y escribir por su cuenta después de pasar un par de años infructuosos en el colegio. Tenía aspecto de cincuentón, pero era difícil aventurar su edad.

A Lutie la irritaba tener que quedarse allí viendo cómo completaba el penoso y lento proceso de trazar esas letras. Quería irse, volver a casa de su padre, preparar las maletas y buscar a alguien dispuesto a ayudarla con la mudanza. Echó un somero vistazo a la habitación. El suelo —un suelo muy mal conservado— carecía de moqueta. Estaba astillado y desnivelado. En la pared más larga podía verse un sofá con la tapicería del respaldo llena de marcas grasientas. Todas las personas que se lo habían ido pasando desde que alguien lo compró nuevo hasta que llegó allí habían apoyado la cabeza en ese respaldo.

---

Al lado del sofá había un sillón mullido, y cuando Lutie —que estaba convencida de que el conserje, el perro y ella estaban solos en la sala de estar— se fijó en él casi le da un infarto al ver a una mujer sentada. ¿Cómo era posible que alguien pudiera mimetizarse así con un sillón? Cuando la miró, aquella mujer amorfa, diminuta y de piel oscura se levantó de la silla y, sin pronunciar palabra, le hizo una reverencia.

Lutie respondió a la reverencia con un ligero movimiento de cabeza. Aquélla debía de ser, imaginó, la persona a la que había oído susurrar antes. La mujer se sentó otra vez en el sillón y volvió a camuflarse en él. Llevaba un vestido del mismo color marrón oscuro que la tapicería, se hundía en los cojines tanto que resultaba casi imposible distinguirla y estaba sentada con una actitud retraída y asustadiza, como si intentase ocupar el menor espacio posible. Por esa misma razón, en cuanto le hizo la reverencia, Lutie se olvidó de ella y siguió contemplando el mobiliario.

No había fotos, alfombras, periódicos ni revistas, nada de lo que se pudiese deducir que aquello era el hogar de una persona. Aunque eso no era del todo cierto, ya que en una esquina podía verse un canario dentro de una jaula un tanto recargada. Al verlo, Lutie pensó que todas las criaturas que había en la sala de estar parecían estar acobardadas: el perro, la mujer e incluso el canario, que sólo tenía un ojo abierto y se sostenía sobre una sola pata. Delante del sofá brillaba el barniz de una mesa con las patas labradas en forma de garra. «El típico mueble aparatoso y feo —pensó cuando se fijó en ella— que a las mujeres blancas les encanta regalar a sus criadas.» A continuación, se volvió para mirar a la mujer amorfa, porque estaba convencida de que la mesa era suya.

---

La señora debía de haber estado observándola todo ese rato, porque en cuanto Lutie se dio la vuelta le dedicó una sonrisa; una sonrisa desdentada que no se borró cuando apartó la mirada y la posó sobre la mesa.

—¿Cuándo quiere instalarse? —preguntó el conserje con el recibo en la mano.

—Estamos a martes... ¿Cree que podría tenerlo listo para el viernes?

—Sin problema —contestó—. ¿Lo pinto de algún color en especial?

—De blanco. Quiero todas las estancias en blanco —respondió ella mientras examinaba el recibo.

Sí, le habían salido bien las cuentas: «Pendiente de pago: diecinueve dólares». Las primeras cifras que había escrito estaban tachadas. Era evidente que el nueve le daba problemas. Se llamaba William Jones. Un nombre completamente anodino. Ideal para un conserje. Sonoro, corriente, fácil de recordar. El único problema era que no le pegaba nada. Porque era evidente que él era una persona rara, extraña, inusual. Todo lo contrario que su nombre. El conserje se levantó en ese instante y se puso a mirarla, comiéndosela con los ojos.

Lutie echó un último vistazo a la estancia. La mujer de los susurros parecía estar conteniendo la respiración, y el perro, a juzgar por el ruido que salía de su garganta, ardía en deseos de ponerse a gruñir o a gemir. Supuso que el canario también estaría embargado por alguna emoción incontenible, pero al parecer se había echado a dormir tranquilamente. Luego se obligó a mirar directamente al conserje. Una mirada larga, despiadada, cruel, persistente, intensa. «Espero que le sirva de lección, señor William Jones —pensó Lutie—. Claro, que igual lo de antes no han sido más que imaginaciones mías y es injusto que lo mire

---

así. Pero, aunque sólo sea por si el rescoldo de algún instinto misterioso me alertó de lo que se le estaba pasando por la cabeza, de que estaba olisqueándome, babeando, rondando a mi alrededor como un perro de presa y relamiéndose a mis espaldas, aunque sólo sea por eso, espero, mi querido amigo, que esta mirada lo haga recapacitar.»

Cerró el monedero y el chasquido seco hizo que el conserje desviase la mirada hacia el techo, como si tratase de encontrar algún patrón en las grietas de la escayola. Al perro se le pusieron las orejas de punta; el canario abrió un ojo, y la mujer de los susurros despegó ligeramente los labios para sonreír y estuvo a punto de enseñar otra vez las encías.

Lutie salió a toda velocidad del apartamento, empujó la puerta de la calle y se echó a temblar en cuanto el viento gélido la alcanzó. Como en casa del conserje hacía un calor infernal, tuvo que detenerse un segundo para cerrarse el cuello del abrigo y tratar de protegerse de las ráfagas de viento que soplaban en la calle. Ahora que tenía el apartamento, Lutie había subido un peldaño más en el camino hacia el éxito. Y, lejos de Lil, Bub disfrutaría de mejores oportunidades.

Del interior del edificio le llegó el gemido del perro. Supuso que le habrían propinado otro puntapié y se apresuró a salir a la calle. Se detuvo un instante y cogió fuerzas para enfrentarse a la bofetada de frío que recibiría en plena cara cuando doblase la esquina.

—¿Te lo quedas al final, cielo? —preguntó la señora Hedges con su voz vibrante desde la ventana a pie de calle.

Lutie dirigió un gesto afirmativo a aquella cabeza cubierta con un pañuelo y se lanzó contra el viento, feliz de recibir su acometida, consciente de que los ojos despiadados de la mujer la seguían mientras subía por la calle.